

A Wim Wenders le sonaba bien
lo de *Buena Vista Social Club*.

Se va a la Habana junto a su músico favorito, Ry Cooder, y filma a Ibrahim Ferrer, a Compay Segundo, a Rubén González y a todos los muchachos del reciente *boom*. Wenders encuentra una ciudad en ruinas, sin mayores transformaciones que, como el son de estos arcaicos músicos y ahora prósperos representantes del *jet set* musical, permanece tal cual, casi como cuando ellos eran los héroes de la noche de una ciudad que nunca dormía sin antes bailar.

Xariell Sarabia

MARCELINO BISBAL

En el escenario *Compay Segundo* (Francisco Repilado); *Rubén González* el virtuoso del piano (con artritis y todo); *el que no* quería cantar más ("se va a ganar 50 dólares"), *Ibrahim Ferrer*; *Omaira Portuondo*, "la única fémina de este sabroso asunto"; *Eliades Ochoa* el guajiro de sombrero y guitarra; *Cachaito López* es el que combina a Bach y la academia y el hermoso zaperoco con su bajo maestro; *Manuel Licea*, mejor conocido como "Puntillita" en aquella recordada Sonora Matancera; *Amadito Valdés* el timbalero que heredó la fama de Guillermo Barreto, el timbalero mayor de Cuba; *Barbarito Torres* el preciosista del laúd cubano, que no es lo mismo que el laúd medieval; *Manuel Mirabal*, "Guajiro", el trompetista que sopla a los cuatro vientos; *Pío Leiva* a quien se le conoce como "El Montonero"; *"Aguaje"*, *Ramos* el trombonista. Con todos ellos, cubanos de vida y corazón, el gringo *Ry Cooder* que ha acompañado a lo mejor de los grandes grupos de jazz, blues y rock del mundo, así como también ha sido el creador de excelentes bandas sonoras para películas como "París, Texas", "El final de la violencia", ahora fue quién hizo realidad la hora del son cubano: un viaje hacia la estética de una música que tiene ritmo. Porque sin el ritmo no existiría Cuba y su son, o ese "feroz desorden" del que nos habla Monsivais o del *Songoro cosongo* que nos define un Guillén.

"Cuando salí de la Habana"

La excusa es *Buena Vista Social Club*. No son Olga Guillot, Bebo Valdés, un Fajardo, Celia Cruz o La Sonora Matancera, ni siquiera La Lupe. Ellos se fueron de Cuba, aunque siguieron siendo buenos, pero *cantando* nostálgicamente y sin nunca olvidar lo que dejaban en la isla del Caribe. Ellos creían, y creíamos, que el son se había ido de Cuba. "Cuando salí de

Cuba/dejé mi vida/dejé mi amor/dejé mi corazón...", así recitaba textualmente (¡por qué no cantaba!) Luisito Aguilé. El también creía que el son se había ido de Cuba...

Cuba dejaba de ser el centro musical y del ritmo en el Caribe. Desde allí, empezamos a escuchar a los jóvenes Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y La Trova Cubana, las únicas referencias de la música cubana para los jóvenes de hoy, una música no del Caribe, ¡vaya usted a saber de dónde!, pero definitivamente no era el Caribe el que se estaba expresando con esas voces y ese ritmo que no tiene ritmo. Que le falta salsa, actuación y otra vez ritmo. Porque como dicen los estudiosos "el ritmo caribeño, como todo lo que es caribeño, tiene su *allá* y su *acá*". Qué bien lo apunta Antonio Benítez Rojo, el especialista cubano sobre el Caribe: "Sería un error pensar que el ritmo caribeño sólo se conecta con la percusión. En realidad se trata de un meta-ritmo al cual se puede llegar por cualquier sistema de signos, llámese éste música, lenguaje, arte, texto, danza, etc. Digamos que uno empieza a caminar y de repente se da cuenta de que está caminando 'bien', es decir, no sólo con los pies, sino con otras partes del cuerpo; cada músculo se mueve sin esfuerzo, a un ritmo dado y que, sin embargo, se ajusta admirablemente al ritmo de sus pasos".

La "nueva" música cubana, producto de exportación de la Revolución, no lograba *decorar* la música sonera -Son Montuno, Son Guaguancó, Guaracha Son, Son Pregón, Bolero Son, Bachata Oriental, Guajira Son- con los signos del hoy. No hay transformación posible, no se produce "la operación que recubre con elementos del ayer las sensaciones del ahora". En las piezas de Silvio o Milanés no hay azúcar, no está el zaperoco, no encontramos el desorden por ningún lado, ...falta el latido del caos insular.

- "aché y azúcar pà tò el mundo-

El son nunca se fue de Cuba

Y el ritmo, siempre el ritmo, daba la sensación que se había ido de la Habana. César Miguel Rondón nos pone en aviso: "La revolución cubana determinó dos factores importantes en la posterior evolución de la música popular del Caribe. Por una parte, el bloqueo impuesto por los Estados Unidos y la OEA cerró las puertas de la isla...La música, de ahora en adelante, tendría que funcionar al margen de Cuba...Ya no existía una referencia cubana a ser seguida, y el resto del Caribe estaba completamente mediatizado en insulsas versiones en español del populoso pop inglés".

¡Qué lindo es mi son!

Eso nos lo cuenta muy bien *Buena Vista Social Club*. Primero un CD que nos habla, porque el canto y la música es un habla muy singular, de que ¡el Caribe sigue sonando!, que Cuba está viva, que el son nunca se fue de allí. "Este son que hoy prevalece/y que de Oriente trajeron/que en Occidente le dieron/todo lo que tiene y vale/¡Qué lindo es mi son!/¡Sonó el Sexteto!/El Tres/El Bajo/La Guitarra.../¡son del Caribe!". Luego fue la película y se armó de una vez por todas el relajo, lo sabrosón, vino la "salsita" y todos a bailar con los viejitos como han dado en llamar a los de *Buena Vista Social Club*.

La película que todavía podemos apreciar en el país, fue posible gracias a ese director alemán del "nuevo cine alemán" como es Win Wenders y al sueño del espléndido músico Ry Cooder, nos muestra cómo la Cuba de la Revolución se quedó parada en el tiempo, vive otro tiempo, distinto a este. ¿Mejor, peor...? Los 100 minutos que van transcurriendo entre fotograma y fotograma, multitud que se aglomera para ver a esos viejitos músicos, la ausencia de toda valla publicitaria que no sea la del Partido

o la de la Revolución, las calles con más huecos imposible, los edificios que se caen y los ojos y voces de Ibrahim Ferrer, Rubén González o la de Amadito Valdés, asustados ante la "gran manzana" y el tráfico, constituye la crítica más ácida hacia el fracaso de un régimen que no entendió que la identidad de un pueblo y que su germen cultural no puede ser eliminado de golpe y porrazo para imponerle otra no propia. No entendió la Revolución, no entendieron aquello que definía Benítez Rojo como la cultura del cubano, del caribeño, es decir "que todo caribeño, al final de cualquier intento de llegar a los orígenes de su cultura, se verá en una playa desierta, solo, desnudo, emergiendo del agua salada como un naufrago tembloroso...sin otro documento de identidad que la memoria incierta y turbulenta, inscrita en las cicatrices, en los tatuajes y en el color mismo de su piel. En última instancia, todo caribeño es un exiliado de su propio mito y de su propia historia; también de su propia cultura y de su propio Ser y Estar en el mundo".

Actuación y ritmo

El grupo de *Buena Vista Social Club* canta, el vocerío canta y clama: "De Alto Cedro voy para Macaney/llego a puerto/ voy para Mallarí/ El cariño que te tengo/no te lo puedo negar/se me sale la babita/yo no lo puedo evitar..." Es que el Caribe es eso y no puede ser otra cosa. No debería ser algo distinto. Lo descubrimos viendo y sobre todo bailando el ritmo. Porque ¡bailar es un placer!

Buena Vista Social Club es muchas cosas a la vez: es el son que nunca se fue de Cuba, es estética caribeña, es carnaval de imágenes, es ritmo, es también un saldo político con el régimen que vió+ en el ritmo del caba-

ret y el prostíbulo desarraigo y pérdida capitalista. Al final de la película, o al escuchar el CD, descubrimos cómo los dogmas y los juicios (que resuenan a prejuicios) fueron capaces de *negar u ocultar* algo que estaba allí. La película es un saldar cuentas con el tiempo y con aquellos que nunca se tomaron la molestia de sondear la profundidad sociocultural de una música. Porque cuando vemos a todos los del *Buena Vista Social Club* (club nocturno de la Cuba de Batista) sobre uno de los escenarios majestuosos de Amsterdam o cuando los vemos cumpliendo el sueño de tocar en el Carnegie Hall no podemos más que ver como ellos se están viendo a sí mismos.

La vida de los "viejitos" del *Buena Vista* es la lucha de hoy en el transcurrir de sus vidas. Es cierto que las grandes disqueras han descubierto una mina, pero no menos cierto es que la música ayuda a vivir y esa música mucho más. Sería injusto decir lo que Fernando Ortiz refiere en uno de sus estudios sobre Cuba y el Caribe: "Antes se hacía canciones y se cantaban para gozar, ahora tenemos que hacerlas y tocarlas para poder vivir". No hay ninguna traición, lo que hay es ganas de vivir para seguir viviendo.

Ibrahim Ferrer le seca la lágrima a Omaira Portuondo cantando "Dos gardenias". ¡Cosa más bonita, hermano! Nosotros que le ponemos nombre a todo, eso se llama sentimiento.

MARCELINO BISBAL.

Comunicador Social, director de la Revista Comunicación.